

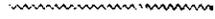
IMPRESIONES

DE

UN VIAJE Á LA CHINA,

POR

DON ADOLFO MENTABERRY.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL GLOBO
DIRIGIDO POR JOSÉ CAYETANO CONDE
1876

IMPRESIONES

DE

UN VIAJE Á LA CHINA



I

Costumbre inveterada es de los viajeros que vuelven de remotos países contar maravillas, aventuras fantásticas, usos extraordinarios y casos fenomenales que han contemplado ó saben por referencia, confiando quizás en que

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas.

De manera que es prudente acoger con tanta reserva esas narraciones como las apoteosis que ciertos maridos se permiten hacer del matrimonio, con la páfida intencion de que otros naufraguen en las mismas sirtes en que ellos se fueron á pique.

Líbreme Dios de cargar mi conciencia con semejante enorme pecado, que tuve buen cuidado de evitar cuando cometé el venial de publicar mi *Viaje á Oriente*.—Y eso que el Egipto, la Siria, la Palestina, el Asia Menor, las islas del griego Archipiélago, la bella Stambul, mirándose en el magnífico espejo del Bósforo, con sus mezquitas y palacios de mármol, con sus dorados minaretes y sus incomparables odaliscas, tan hermosas como sensibles al amor, me encantaron cautivando mi corazon y mi fantasía; sin embargo, no por eso me entregué á la hipérbole.

Y lo mismo me propongo hácer refiriendo mis impresiones en el

viaje al Celeste Imperio, cumpliendo así, primero con un deber de sinceridad y despues con la caritativa intencion de evitar á alguno de mis lectores bastante aventurero para emprender tan larga y azarosa excursion, el desencanto que á mí me hizo sufrir el país de las largas trenzas negras, de los piés deformes, de las mujeres de ojos oblicuos y enjuto seno, del bambú y de la canga (1), el país donde el thé se bebe sin azúcar, donde los palitos de marfil sirven de cuchara y tenedor, donde se comen perros y ratones, filetes de caiman y hormigas rojas, gusanos de seda fritos y salsas hechas con aceite de ricino; un país tan ceremonioso que obliga á tratar á cualquier desconocido de hermano mayor; un país donde un acreedor tiene el derecho de cobrarse en un pedazo de la carne de su deudor recalciante, donde es uso y costumbre que el deudor se vengue de ese atropello ahorcándose á la puerta del acreedor.—Pero no anticipemos los sucesos, y permitame el lector que le refiera cómo fuí á China, pues tengo la evidencia de que no le importa conocer la causa ó razon que moverme pudo á ir.

Y, despues de todo, en el siglo del vapor y la electricidad, de los cables trasatlánticos y los istmos canalizados, ¿qué es un viaje consistente en media hora dentro de un *simon* que lo lleva á uno de su casa á la estacion del Mediodía; diez y ocho horas á Valencia en ferro-carril, de allí en otras doce se llega embarcado á Barcelona, y veinticuatro despues ha doblado el cabo de Leon y se descansa en Marsella, donde se sube á bordo de un *paquebot* de las *Mensajerías francesas*, y en cuarenta dias se encuentra uno en Canton, primera ciudad china que el viajero visita?

Aunque así no fuera, la modesta opinion que de mi humilde persona tengo, hace que me parezca justa y natural la indiferencia del público y me releva del deber que algunos escritores creen tener de hacerle indiscretas confidencias. Así, pues, no alarmaré la exquisita sensibilidad de ninguna bella lectora diciéndole si me fué más ó ménos doloroso desprenderme de los dulces lazos que la naturaleza forma ó anuda la simpatía para lanzarme á navegar por mares peligrosos: no, el sentimiento es tal vez la única cosa que en plena y absoluta propiedad pertenezca al hombre más absolutamente y más en pleno que su inteligencia, que sus pensamientos, que

(1) *Cangh*, argolla chinesca que se emplea en ciertos suplicios.

sus ideas, pues estas al cabo tienen que pagar el debido tributo á su siglo, contribuyendo con su utilidad ó con su esplendor á la eterna obra del progreso humano.

Guardo, pues, el misterioso arcano de mis angustias ó de mis alegrías, de mis esperanzas y de mis temores, de las expansiones de mi buen humor y de mis melancólicos éxtasis en lo íntimo del alma, para decir sencillamente cómo me embarqué en Marsella una hermosa tarde del mes de Octubre del año cuya fecha no hace al caso, en el vapor *Peluse*.

Durante los seis días que permanecí á bordo de su flotante edificio nada ocurrió que digno de contar sea; ni la calma venturosa de las aguas del Mediterráneo, que no rizaba el más ligero soplo de Mistral, me autoriza para hacer la descripción de una tempestad; ni las cámaras del *Peluse* albergaban uno siquiera de esos tipos de alto relieve, ninguna individualidad original y grande de esas que con su solo aspecto se imponen á la atención universal. No había más que gentes vulgares mareadas ó soñolientas, que cinco veces al día se reunían en derredor de grandes mesas para reparar sus fuerzas, gastadas sin duda por la brisa del mar, pues á bordo se hace poco ejercicio, y no obstante he visto proezas gastronómicas dignas de un apetito heliogáblico: el café á las ocho de la mañana, el almuerzo á las nueve y media, el *lunch* á las doce, la comida á las cinco de la tarde y el thé á las ocho y media de la noche estaban igualmente concurridos, y todos los pasajeros no sometidos á los horrores del maroo les hacían honor.

El tiempo cada día más bonancible, más bonancible de lo que el repostero hubiera deseado, pues sus ganancias en gran parte dependen de la inapetencia de los pasajeros, nos fué propicio hasta el fin y desde el alcázar pude contemplar á mi sabor el azul golfo de Nápoles, su hermoso cielo entónces no cargado de nubes; su anfiteatro de cerros calcinados, cuyas cimas coronan blancas *villas*.—Metsina, la náyade que nada entre los abismos de Scila y Caribdis, la divisé también entre las brumas del lejano horizonte, así como á la izquierda aquel confuso é imponente montón de rocas negras, que ¡oh mitología! era la isla de Creta. Llegamos á *Port-Said*, la antigua tierra de los Faraones, al amanecer del sétimo día, tan temprano que el sol que íbamos á sorprender en su cuna, no había montado aún en su carro de oro.

Port-Saïd es la puerta del canal de Suez; poblacion improvisada, sus casas parecen de carton y sólo en sus fachadas se destacan muestras de tiendas, cafés, fondas y algunas de fotógrafo... á lo lejos de trecho en trecho algunos árboles jóvenes que parecen deportados á aquel desierto de amarilla arena por delitos políticos. En doce horas atravesamos el canal, abrasados por los fulgurantes rayos de un sol horroroso en su esplendor, asfixiados casi por un polvo que cegaba nuestros ojos: yo comprendí entónces la sensacion que un pollo vivo sentiria metido en el asador y en este estado ígneo el *Peluse* nos trasbordó en Suez al *Cambodge*, navío de vapor que mide 4.000 toneladas y es impulsado por una máquina de 500 caballos.

No creia yo que bajo el sol de Orienté pudiera existir una ciudad fea: Suez me sacó de este error. Lugar casi despoblado, en la extremidad de un desierto que él limita por aquella parte, arrastraba mísera existencia hasta que los ingleses fundaron en su puerto una estacion de su gran camino para la India; despues los trabajos del istmo y la vía férrea de Alejandría aumentaron sus elementos de vida con los numerosos operarios, empleados y viajeros obligados á residir ó detenerse allí; y empezaron á construirse casas cuyas fachadas grises se destacan sobre el fondo azulado del *Gebel-Attu-Kus* (1). Entre las antiguas se enseña una que sirvió de alojamiento á Napoleon I cuando se llamaba el general Bonaparte y era caudillo de aquel ejército que, próximo á ser destruido por los mamelucos, alcanzó una gran victoria electrizado por la histórica frase; "desde lo alto de esas Pirámides, cuarenta siglos os contemplan."

Fué creciendo, pues, con las necesidades creadas por el tráfico y las obras del canal; mas como todo el mundo preveia que una vez canalizado el istmo desapareceria la importancia de Suez y la naturaleza no ofrezca en aquel sitio nada que no sea repulsivo, esos elementos que han dado origen á tantas ciudades grandes, ricas y hermosas, no consiguieron dar á ésta forma de tal. Suez no es ciudad, villa ni aldea: es una aglomeracion de casas grandes y pequeñas sembradas, más bien que alineadas, sobre aquella arena incandescente; hay tiendas y almacenes etropeos, donde se venden por gentes de mala catadura, malteses, griegos é italianos, las sobras de los

(1) Monte Sinaí.

peores artículos de Europa; hay tambien un bazar turco, en cuyo infecto recinto yacen hacinados los géneros indígenas que el mercado del Cairo desecha; y una poblacion contrahecha, leprosos unos y ciegos otros, con un cútis tal, que yo llamaria súcio si éste fuera un color, pues sus individuos no son blancos, negros ni mulatos.

Estas gentes arrastran una vida efimera á costa de los europeos transeuntes; los niños de diez á catorce años son alquiladores de burros, animales vigorosos, ligeros y muy útiles en todo el Egipto, donde hay pocos carruages y son largas las distancias. Así es en cada plaza ó calle ancha hay paradas de asnos correctamente alineados, con buenos jaeces á la gineta y custodiados cada uno por un negrilla, cuyo traje recuerda las modas del Paraíso terrenal ántes del pecado. Los infelices tienen la consigna de importunar á todo el que pasa para que monte su burro, y cuando no lo consigue, termina su jaculatoria tendiendo su mano para solicitar un *bakchís*, palabra turca que el viajero no cesa de oír desde que pisa la tierra de Oriente, y viene á significar una cosa intermedia entre la limosna y el regalo.

Nada encontré que digno de comprarse fuera, y aunque estaba abrasado por la sed, no quise entrar en ninguno de los numerosos cafés y cervecerías que ví á mi paso. Esos establecimientos respiran un álito mefítico y en todos sentidos mal sano, sobresaliendo entre los demás miasmas los alcohólicos que perturban la razon y aniquilan el organismo de la poblacion europea, la cual abusa de los licores en estos climas enervantes para sostener su energía; sale además de aquellos antros un rumor de fichas, bolas de billar y náipes, mezclado con disputas é imprecaciones en diversas lenguas, que el espíritu y el estómago impulsan las organizaciones delicadas á apartarse de aquellos focos de corrupcion.

Algunas mujeres de indudable traza, ridiculamente vestidas, tostados sus rostros por el sol, de mirar descarado y boca desgarrada por las carcajadas de la orgía, se mostraban de vez en cuando á la puerta de las tiendas. Ellas, lo mismo que los hombres que ví, tienen en la frente no sé qué sello fatal y siniestro: diríase que, venidos de distintos puntos del globo, pertenecen á la misma raza de réprobos.

Hasta la raza árabe, tan bella, tan arrogante, dotada cual ninguna otra de esa gallardía, de esa dignidad natural que hace

que los hombres envueltos en su albornoz blanco ostenten la majestad de emperadores romanos, que el turbante realce su tostada frente como una diadema, y que tanto respeto imponen con sus barbas patriarcales, aparece aquí degenerada: cuerpos frágiles, miembros escuálidos, crespo cabello y rostro lampiño, sin altivez en la mirada, ni gallardía en el andar; séres, en fin, que son la caricatura de la especie humana.

Así es que cuando dieron las cuatro de la tarde, hora marcada por el comandante del *Cambodge* para que volviésemos á su bordo, levantar anclas y entrar en el mar Rojo, todos los pasajeros saltamos apresuradamente en un vapor chato, á propósito para atracar al muelle, que se habia acercado al andén. Pronto el ómnibus flotante soltó sus amarras para desprenderse de la orilla silbando alegremente: el pecho respiraba con satisfaccion la brisa del mar, y el alma se ensanchaba gozosa al alejarse de la fatal ciudad que habíamos visitado por capricho.

Marchábamos despacio á lo largo de un estrecho canal, formado por dos lenguas de arena que avanzan muchos metros en el mar, cuando vimos una ligera embarcacion tripulada por seis marineros y llevando flotante en su popa la bandera francesa. Dos personas estaban sentadas en el fondo: una era un hombre de pequeña estatura, cubierto con un ancho sombrero, sobre el cual flotaba un amplio velo de gasa blanca, precaucion indispensable en estos países para evitar insolaciones, y vestido con un traje de lanilla gris, cuya americana lucia en un ojal la cinta de la Legion de Honor; se puso en pié, cambió algunas palabras con el capitán del pequeño vapor, paróse éste un momento, y dejó atracar el bote á su costado de estribor.

Entonces pude apercibir la otra persona, que era una dama alta, quizá demasiado para una mujer, pálida y de cabellos negros, mirada intrépida y lábios fuertemente arqueados; su rostro resultaba más y más acentuado por una gran cicatriz que diagonalmente lo cruzaba. La herida debió ser horrible ó indicaba la huella de un corvo yatagan turco; no obstante, la dama era hermosa, su belleza habia sobrevivido á tan tremendo golpe. Solamente su hermosura tiene algo de lo que la leyenda atribuye á las Amazonas, cierto carácter de virilidad que no sienta mal en medio del desierto y chocaria en un salon de baile. Brevemente conversaron

ambos con un personaje francés que con nosotros viajaba, y una vez despedidos, su bote remó hácia Suez y nuestro buque siguió avanzando.

Entonces me acerqué al conde Méjean, que era el personaje aludido; por él supe que las personas que le habian saludado era el cónsul de Francia en Suez y su esposa, M. y Mmo. Emerat, cuya trágica aventura no puede V. ignorar.—En efecto, creo recordar... —¡No estaban en Yodda el año 1858?—Precisamente, M. Abeillard, padre de esa señora, era á la sazón cónsul de Francia en ese punto, y M. Emerat canciller: ya sabia V. la insurreccion de los fanáticos musulmanes de aquella localidad, exaltados por los peregrinos que regresaban de la Meca. Degollado sin piedad el cónsul inglés con cuantas personas habia en su casa, y asaltada la del francés, M. Abeillard y su esposa perecieron tambien; la turba, ébria de sangre, perseguía al infortunado canciller de habitacion en habitacion, cuando aparece la señorita Abeillard, la dama que acaba V. de ver, que entonces apenas contaba quince años de edad. Armada de una cimitarra, entabla desesperada lucha con aquel tropel de hombres furiosos: hirió, mató y, aunque herida ella misma en la cara, pudo salvar la vida de M. Emerat; el Gobierno francés recompensó su heroísmo con una dote de 100.000 francos, y el Sultan hubo de pagarle 200.000 de indemnizacion por el asesinato de sus padres. La Emperatriz Eugenia, cuyo noble corazon siente y comprende todo lo que es grande y heróico, le dió pruebas de afectuoso interés é hizo que se casára con el canciller, condecorado ya y nombrado cónsul en Suez. En cuanto á M. Emerat fué demasiado feliz probando de tan dulce manera su gratitud á la mujer que le habia salvado la vida.

Solo una cosa me admira, dije al conde, y es que teniendo una fortuna modesta, pero suficiente, se resignen á vivir en este horrible país.—¡Ah! ¡Ah!... replicó riéndose con la cáustica volubilidad de un marqués de la corte de Luis XV, ya sabe Vd. que los franceses, por ejercer un poco de autoridad y lucir la cinta roja, vamos al confín del mundo.

En esto habíamos salido del dédalo de canales y ensenadas que la arena forma en sus caprichosos juegos con el mar; apenas se divisaba ya el gran canal de agua salada, cuya superficie azul cortaban aquí y allí argentadas corrientes de agua dulce, cual si una y

otra, separadas por la naturaleza desde la creacion del mundo, se rebelaran contra la despótica voluntad del hombre empeñado en mezclarlas. Entramos en el mar Rojo y nos trasbordamos al *Cambodge*.

Tiene este buque grandes dimensiones, buenas cualidades maríneas, instalacion lujosa y una limpieza igual á la que se admira en nuestros buques de guerra, condiciones que me lo hicieron desde luego extraordinariamente simpático, tan simpático como serlo puede una prision donde hay que encerrarse durante muchos dias, sujeto á severo reglamento y reducido casi á la condicion de fardo numerado. El comandante M. de L'Escaille me habia llevado en Agosto de 1868, desde Alejandria á Marsella en otro buque que entonces mandaba; nos reconocimos inmediatamente y tuve el gusto de reanudar con tan bravo marino y distinguida persona las amenas conversaciones que habíamos interrumpido más de un año antes.

Aquella tarde permanecimos al ancla delante de Suez, sufriendo el ruido atronador y crispante de las gruas que chirreaban elevando cajas y fardos de las chalanas atracadas al costado del vapor hasta el puente, para sepultarlas luego en la bodega. Al dia siguiente, cuando me desperté, el *Cambodge* navegaba á toda máquina en el mar Rojo, dejando á estribor la costa de Africa y á babor la de Asia, costas tristes y desoladas ambas, sin un árbol ni una mata, sin la menor huella de un manantial: colinas calcáreas de forma cónica ó llanuras sin fin; pero siempre rojiza arena, tierra calcinada por el sol que á través de los siglos prosigue su implacable obra de combustion. Al Mediodía, cuando la temperatura se eleva á más de 40° Reamur, cuando debilitado y jadeante de calor, el pasajero se tiende sobre una larga butaca de paja de Ceilán, de junco ó de bambú, á la sombra del toldo de popa, interrogando al horizonte con febril y ansiosa mirada, solo descubre las mismas áridas costas que el sol parece querer fundir; la accion calórica de ese astro fulminante desprende, en efecto, de los montículos y llanuras que sirven de límite al mar millones de átomos ígneos en forma de nubes de rojizo polvo que la brisa disuelve en el espacio y la rutilacion de Febo tiñe más y más de ese color y los enciende, dando á la atmósfera el fantástico ardiente colorido de un gigantesco globo en conflagracion, grandioso espectáculo que debió impresionar la poética

y sensible imaginacion de los primeros árabes que vieron esta region tan profundamente, que pusieron á las aguas que surcaban el nombre de mar Rojo, no obstante ser sus aguas azules, puras, transparentes y ricas de espuma como las del Mediterráneo en una noche serena del mes de Agosto.

Durante dos dias, la costa no se pierde de vista; mas como pasado el estío, el monzon sopla al N. O. y no impele hácia el mar las arenas del desierto, es la estacion otoñal la más favorable para navegar por estos mares; de modo que pudimos dejar abiertas de dia y de noche las portas á fin de no asfixiarnos en los camarotes; pero, así y todo, ni en las penosas jornadas de mi peregrinacion á los Santos Lugares cuando atravesaba la Fenicia y la Palestina, ni en las tropicales noches de Beirut sentí un calor igual. ¡Qué será cuando en el mes de Julio los navegantes tienen que cerrar las portas, entoldarlo todo cuidadosamente, no respirar sino aire filtrado, y á pesar de estas precauciones no se libran de aspirar el rojizo polvo que todo lo invade, mancha y tiñe de su color!

No hay naturaleza, ni espíritu, ni actividad que resista á la enervante accion de este clima; la postracion física determina un abatimiento, una pereza intelectual tan atroz, que las ideas no afluyen al cerebro, y si acaso aparecen, es débilmente, como confusas indeterminadas sombras ó pálidos bosquejos, sin marcarse distintas y claras con la fórmula pronta para su expresion. La mente las adivina, las presiente, más bien que las vé, y no acierta á definir las, mientras que débil la voz y torpe la lengua, se pregunta uno si esa forzosa inaccion será perpétua y esos importantes órganos serán substituidos por algun telégrafo humano fundado en el magnetismo, que facilite la trasmision y el cambio de las ideas entre los hombres por medio de otros signos.

Los baños frios, los sorbetes, las sandías heladas mitigan un tanto los rigores de esta travesía; pero ¡qué digo, baños frios?... aunque el agua sube directamente desde el mar hasta la pila, por medio de una bomba, está tibia, y algunos segundos despues de la inmersion, apenas se nota diferencia entre la temperatura del baño y la atmósfera exterior.

Al cuarto dia de navegacion por el mar Rojo, dejamos á sotavento un islote desierto y sin ninguna vegetacion, seco como todo lo que recibe los mortales besos de sol tan ardiente. Los ingleses

le llaman *Furnace* (1); pero, aunque es suyo, todavía no se han atrevido á poner guarnicion en esa abrasada peña que se levanta allí erguida y vigilante como un centinela avanzado del estrecho de Perim, que pasamos en la tarde del siguiente día, saludando á los fuertes ingleses que defienden la entrada. Una vez dentro del estrecho, la brisa refresca algun tanto y devuelve con sus suaves caricias al individuo parte del rigor perdido, ya puede hablar y pasearse sobre cubierta, compadeciendo la suerte del destacamento inglés que guarnece á Perim, peñon desnudo, árido y candente, en cuyo suelo la industriosa Albion no ha podido plantar más que cañones en batería.

Recuerdo que aquella noche se improvisó un baile sobre cubierta, iluminándose el toldo con faroles y haciendo veces de orquesta tres saboyanos que iban á Calcuta con dos arpas y un violin; tristes, pero resignados, como van á todas partes, ejecutaban mal ó peor, sin tener conciencia de la música escrita. Habia algun balance por efecto de las corrientes y de la brisa algo fresca, lo cual motivó la caída de algunas parejas sobre el tablado, afortunadamente sin más consecuencias que una exposicion de redondas y blancas, aunque tal vez no muy correctas, piernas holandesas, única distraccion de la fiesta para los que no bailaban.

Anohecia cuando fondeamos en la bahía de Aden. ¡Qué alegría sentí al oír el estruendo de las cadenas que retienen las anclas ansiosas de clavar sus gárrios en el fondo del mar! ¡Iba á pisar tierra, la tierra de la Arabia Feliz! Habia realizado casi la mitad de mi viaje y desde allí podia enviar á Europa, á España, cartas certificando mi existencia á las personas queridas, que por ella rogaban quizá al cielo, y á cuya piadosa intercesion debia tal vez haber cruzado felizmente y á pié enjuto el mar Rojo, lo mismo que los israelitas guiados por Moisés, si bien ellos no necesitaron el prosáico concurso de un vapor de hélice, ni conocian la brújula, el termómetro, el barómetro ni ninguno de los instrumentos náuticos que ayudan al hombre á burlar la furia del líquido elemento. La Providencia vela siempre por nosotros, cambia quizá la forma y hasta la palabra designadora de los milagros que obra, segun las épocas que atraviesa el mundo. Al oráculo de los prodigios paga-

(1) Horno.

nos sucedió el misterio de los milagros cristianos, misterio que el racionalismo moderno sustituye por fenómenos explicados científicamente; pero los hechos son siempre idénticos, y aunque puedan explicarse sus causas como combinaciones de la naturaleza, como esas combinaciones, esos fenómenos se verifican en virtud de las eternas leyes que dió al universo mundo el Supremo Hacedor, resulta que no dejan de ser milagros. Cuestion de nombre.

Haciendo estas reflexiones habia saltado en una falúa que iba á tierra, y en breve desembarqué en el muelle iluminado por la claridad de una luna esplendorosa; en compañía de varios compañeros de viaje, visité las baterías bajas, armadas de monstruosos cañones Amstrong, los grandes almacenes de carbon mineral que el Gobierno inglés tiene siempre llenos y dispuestos para el consumo de su flota de las Indias, los depósitos que con el mismo objeto poseen las compañías *Peninsular* y *Oriental* inglesa y *Mensagerías francesas*, todo lo cual, así como la administracion de Correos, estacion telegráfica y demás dependencias, está perfectamente organizado en edificios nuevos, sólidos, blancos y correctamente alineados á lo largo del paseo del muelle, camino sin árboles pero cubierto de finísima arena regada con agua del mar y muy bien conservado.

Desemboca este paseo en una plaza semicircular, donde vimos un vasto edificio plateado por la luna que embellecia y daba contornos de luz y fantásticas proporciones á las columnas de su elegante pórtico, defendido por una baranda de madera.

Este recinto exterior toma su nombre de la defensa indicada que tienen todas las casas en la India, se llaman *verandah*, y sirve de sala de recepcion por las noches, y aun durante el dia, en los países cuya rica vegetacion permite cubrirla de verdura, haciendo imposible que penetren los rayos del sol; tambien sirve de comedor y hasta de alcoba en las noches estivales cuando el habitante teme asfixiarse dentro de un cuarto cerrado. Aquel edificio era la *Fonda del Príncipe de Gales* y tan pomposo título nos decidió á pernoctar en ella.

Un distinguido viajero belga (1), un capitán de fragata español y yo tomamos solos esta resolucion; juntos recorrimos las habitaciones de la fonda, y en vista del calor sofocante que hacia, resol-

(1) M. T'Kind de Roodembecq, ministro de Bélgica en Pekin.

vimos dormir en la baranda; esto es, en la plaza, separados únicamente de la vía pública por la verja de madera que se eleva hasta una tercera parte de la altura de las columnas. El clima de Oriente modifica esencialmente las severas leyes del pudor occidental.

La fonda estaba dirigida y servida por individuos de una secta que los indostanes llaman *parsís*, últimos dispersos restos de los sectarios de Zoroastro. Cuatro de ellos descalzos, pero mejor vestidos de lo que en estos países se acostumbra, puesto que llevaban camisa y hasta pantalones de algodón, colocaron prontamente tres camas cubiertas con sábanas que me parecieran blancas hasta que el sol, saliendo á la mañana siguiente, me probó lo contrario.

El caballero belga, el capitán y yo nos deseamos mutuamente las buenas noches, y despojados de nuestros vestidos, nos acostamos á la luz de la gran lámpara del firmamento, suscitando la curiosidad de una multitud de árabes, cipayos y negros, más ó menos desnudos, que de en medio de la plaza acudieron y agolpados cerca de la baranda nos miraban atónitos, hablaban unos con otros en voz baja y despues se reían con estrépito. El fondista colocó un centinela negro para que nos guardara, asignándole una silla por garita, nos preguntó en mal inglés si necesitábamos algo, y oyendo tres nos simultáneos que le contestaran, saludó, cerró su puerta con llave y nos privó de su zoroástrica presencia; entre tanto, dos negrillos, de formas de ébano pulimentado, cabeza afeitada, ojos brillantes y blanquísimos dientes, habían saltado la baranda sin hacer ruido y, armados cada cual de un abanico, se plantaron á mi cabecera uno y otro á la del capitán, y nos hicieron aire; abrí los ojos sorprendido por brisa tan inesperada, y en muy malos términos les dije en árabe que se marcharan, órden obedecida apenas pronunciada, no sin perderme antes un *bakchís*.

Poco á poco fuéronse retirando los curiosos, unos hácia las tabernas de donde habían salido y otros se tendieron en medio de la plaza sobre el tapiz de arena que la cubre; allí, con voz altisonante y guturales inflexiones de que tan pródiga es la lengua de Mahoma, conversaban sin darse punto de reposo; léjos un grupo se había formado en derredor de un jóven negro cuya sonora voz lanzaba al espacio notas cadenciosas de esas estrofas melancólicas y dulces, cuyo compás remeda la perezosa ondulacion de la palmera cuando nuncios del día, misteriosos caballos del carro de Febo, las brisas de

la aurora sacuden los pliegues de su ropaje de esmeraldas y rubíes; tambien solia atravesar la plaza un tropel de gentes, entonando algun canto del poema de Antár, el vate negro, el Homero de la Arabia; el cantor de las proezas y los amores de las belicosas tribus beduinas.

Este conjunto de voces y rumores tiene su poesía, poesía inefable que en la mente hace bullir confusamente mundos de ideas nuevas y antiguas, semejando en sus caprichosas ondulaciones el pensamiento á un lejano horizonte que al ponerse el sol ostenta en su línea limítrofe arreboles de nubes nacaradas, irisaciones de carmín y oro, que en la penumbra se mezclan, se confunden formando las figuras más caprichosas y fantásticas; mas poético, bello como era ese conjunto, nos impedía dormir: vanamente me revolvia en mi duro lecho, buscando una postura que me aletargase; vanamente tambien entablé una conversacion formal con mi vecino para que me sirviese de narcótico.

—¡Capitan!—exclamé,—¡cuán agenos estarán nuestros amigos de Madrid de suponernos acostados al aire libre y contemplando este paisaje sin árboles! Si supieran, si lo pudieran vernos se sorprenderian tanto como yo mañana si me encuentro vivo y con mi ropa á la cabeza.

—¿Tiene Vd. revolver?—dijo lacónicamente el capitan.

—Sí, —contesté,—aquí está debajo de mi almohada, junto á la bolsa; ambos objetos representan la defensa y la conservacion de la vida, nunca viajando me separo de ellos.

—Entonces, procuremos no dormir.

—No estamos de acuerdo; yo dormiré lo más que pueda; así como así, si nos matan dormidos, nada sentiremos, y si antes nos despiertan no hemos de dejar que nos maten.

Ignoro si hablamos más, porque aquí perdí la conciencia de mi sér y no la recobré hasta que, abriendo los ojos, me veia inundado de luz y la baranda rodeada de gento curiosa de asistir á mi *toilette*. El capitan estaba medio vestido, y el ministro belga, madrugador sistemático, á fuer de hijo del Norte, se paseaba muy tranquilo por la plaza, compuesto, atildado y rígido con el lente al ojo, cual si esperase la hora de una audiencia.

No tardamos en reunirnos con él, y, despues de haber sorbido una taza de aromático Moka, saltamos en un carruaje y nos enca-

minamos á la ciudad de Aden, propiamente dicha. Un cesto cubierto con un toldo de lona encerada, dos asientos en el fondo y otro en el pescante, un rocín pequeño y flaco, pero muy vigoroso, y un automedonte negro como el café quemado, cuya librea consistía en una camisa abierta sobre el pecho y que apenas llegaba á las rodillas: tal era nuestro tren, pobre ciertamente; mas aun éramos demasiado dichosos de encontrarlo en el confin salvaje de la Arabia Feliz, en la abrasada orilla del mar Rojo; además el negro auriga guiaba hábilmente y con valentía su pobre céfiro que, en verdad, desplegó un vigor y una frescura que su exterior no prometía, recorriendo al trote largo en veinte minutos las cuatromillas que separan la ciudad del puerto.

Sobre la calzada de arena, construida y conservada tan cuidadosamente como el paseo de una gran ciudad inglesa, encontramos otros vehículos como el nuestro, y otros más elegantes en que iban funcionarios y oficiales británicos inmaculadamente vestidos de blanco, con el casco de fieltro gris y el velo blanco adoptados por las tropas de Inglaterra en la India; pero lo que más frecuentemente obstruía el paso, era una larga reata de pequeños camellos, esbeltos y delgados, muy inferiores en su aspecto á los de Egipto y Siria, cargados de café ó de lana, principales productos que el desierto envía á la costa para la exportacion. Un asno colocado á la cabeza guia los camellos y á veces un solo hombre, una mujer ó un niño montado en aquel pequeño cuadrúpedo, vigila toda la caravana. Los pobres animales, asustados, se arremolinaban al ruido del coche, pero sus conductores y los demás árabes que en el camino hallamos, no desmentían la tradicional dignidad que distingue el porte de su raza: nuestra vista no distraía ni fijaba siquiera su atencion.

Altas colinas de abrasada roca, cuyas crestas coronan baterías formidables, armadas de enormes cañones, dominan el camino por la derecha, y por la izquierda lo limita la ola invasora que crece ó se aleja gimiendo de la playa para volver más tarde. El horizonte es, por consiguiente, tan limitado y temeroso por un lado como bello ó infinito por el otro: los buques surtos en el puerto, otros más lejos surcando el mar, la nubecilla girando en el espacio y plegando sus gasas de mil modos para mirarse coquetamente en el inmenso espejo de las aguas... y al frente nada, absolutamente nada

más que las empinadas negruzcas peñas que hasta la playa se extienden y circundan la ciudad, dominada por ellas de tal modo, que media hora de bombardeo bastaría para hacerla ceniza.

Para entrar en el recinto de esas fortalezas, el camino tuerec á la derecha y en rampa sube hasta la roca que, convertida en muralla por el ingenio inglés, ofrece en este punto una abertura, especie de gigante aspillera formada por dos rocas cortadas á pico, más que un puente une en su cúspide, puente cuyo único arco forma la puerta defendida por bocas de fuego y por centinelas cipayos, vestidos de azul y encarnado, negros y mal formados, pero afectando la formalidad inglesa hasta en sus pobladas patillas. Era la vez primera que yo veía negros con patillas y con el cabello lúcio, aunque, á decir verdad, no son negros los cipayos, sino más bien de un color avinado, cárdeno ó incierto. Sus facciones nada tienen de común con los abultados lábios y deprimida frente de la raza etiópica, sino que más bien se asemejan á las de la caucásica; pero les falta en su conjunto la armonía, la nobleza, la serena é inteligente expresión que constituye la superioridad física de la raza blanca.

Los centinelas saludan militarmente á nuestro paso; atravesamos el arco formidable que defiende la entrada, y el coche empezó á rodar por una calzada sin árboles, pero suave y tersa como un tapiz de pelo de camello, dejando á la izquierda, y siempre rasante, la misma muralla de rocas que antes habíamos visto desde fuera avanzar hasta el mar. A la derecha, en un profundo valle, la ciudad se descubre con sus blancas casas alineadas sobre la arena de oro; sus puertas y ventanas son verdes ó del propio color de la madera calcinada por el sol. Moran allí 30.000 árabes más ó menos negros, que todos viven del tráfico con el Desierto, y principalmente de la utilidad que deja la guarnición inglesa, cuyos cuarteles acasamatados se asientan sobre la cima de las colinas; súbese á ellos por caminos cubiertos y los defienden las mismas baterías giratorias que á un tiempo dominan el mar y la ciudad, de tal modo, que podrían con sus fuegos echar á pique una flota invasora, tan fácilmente como reducir á escombros en media hora la deleznable fábrica encerrada en un círculo de piedra y hierro.

Las casas fueron edificadas por ingleses, ó por lo ménos ellos dirigieron su construcción, y á esto se debe su agradable exterior y cierto aspecto limpio y saludable que se echa de ménos en las ciudades

otomanas. Respetando la arquitectura arábiga, como más adecuada al clima, usos y costumbres del país, Inglaterra ha introducido en cuanto es posible el orden y el aseo de las poblaciones europeas, beneficio que quizá no agradecen bastante los moradores de Aden. Por tradición de raza, el vulgo de los árabes, turcos, persas, indios, chinos y malayos tienen esos cuidados por inútiles é impertinentes.

Café de Moka, plumas y huevos de avestruz, canastillos más sólidos que primorosos, y largos bastones negros de asta de búfalo, es todo lo que al viajero ofrecen, ya en las tiendas, ya los vendedores ambulantes. Así, pues, fué muy breve nuestro paseo por la ciudad, que dejamos para ir á ver las famosas cisternas, único recuerdo material con que las antiguas edades han marcado su huella en este punto; monumentos que los ingleses encontraron abandonados y ocultos por espesas capas de arena, acumuladas allí en el trascurso de los siglos por el simoun, cuyos furiosos ímpetus consiguieron cegar aquel abismo.

No están léjos de la población, y aunque abiertas casi en la pendiente de una elevada montaña, son de fácil acceso. Un pequeño jardín inglés, cuyos árboles enanos y raquíticos arbustos prueban que todo el esmero, todo el trabajo que en cuidarlos se emplea es impotente para vencer la inerte resistencia de una naturaleza rebelde, imposible triunfar de la esterilidad del suelo favorecida por la escasez de aguas. Esto es lo primero que se ve cuando se empieza á subir, ascension que solo puede hacerse á pié; en seguida, por calles de boj muy bien trazadas y escalinatas de piedra, se van dominando sucesivamente las diversas mesetas que forman los *zig-zags* de la montaña; pero ni la proximidad del agua, ni la ténue sombra de los árboles bastan á refrescar la atmósfera: vestidos de blanco, cubiertos con ámplios sombreros de paja y guarecidos bajo grandes quitasoles, el calor abrasa, seca los lábios, los ojos parece quieren saltar de sus órbitas, y encorvado el cuerpo por la fatiga, se suben penosamente las altas graderías de peña viva hasta llegar á la boca de las cisternas.

Cuatro son, abiertas en la roca viva, anchas como estanques y profundas como pozos; todas comunican unas con otras, de manera que el agua que la más alta recibe de las nubes y de las corrientes que la lluvia forma en las hendiduras de las rocas que la dominan

y circundan, pasa, cuando llega á cierta elevacion, á la inmediata y sucesivamente descende á la tercera y á la cuarta, gran depósito que alimenta las fuentes del jardin, y otra mayor de la cual se surte el vecindario. Esta cisterna tiene una capacidad de 255.121 galones; las demás 70.944, 21.011 y 4.881 respectivamente.

Flores plantadas en cuadros trazados con cascotes de botella cubren las mesetas, bordan la boca de las cisternas, formando un jardin de diversos niveles, que cultivan algunos árabes bajo la direccion de un oficial inglés. Tres de aquellos, casi desnudos, descalzos y con la cabeza descubierta, expuestos sin la menor aprension á los resplandores de aquel sol de fuego, trabajaban junto á la primera cisterna, y viéndonos saludaron llevando sus diestras desde el pecho á la frente y gritando: *naharak Saide!*—*Naharak-Barok* (1) les contestó.

—Puesto que V. habla el árabe,—me dijo el ministro belga,—pregúnteles la capacidad específica de las cisternas.

—Hícelo así, y á ellos debo las cifras que dejo estampadas.

—¿Por qué no están llenas? ¿Por qué ni una sola gota de agua moja esas inmensas cavidades y reverbera el sol en sus blancas paredes?

—Todavía no ha empezado la estacion de las lluvias.

—¿Cuándo se llenarian?

—¡Dios lo sabe!—Me contestó uno elevando con respeto sus manos hácia el cielo; despues, lanzando un profundo suspiro, exclamó:—¡Tres años hace que las celestes cataratas no fecundan esta tierra!

Dámosles un pequeño *bakchis* y bajamos al sitio donde esperaba el carruaje; mas antes entramos en el cementerio que al pié de la montaña luce sus blancos muros, su negra cruz de hierro y las verdes copas de algunos melancólicos cipreses que proyectaban sus agudas silueas sobre las tumbas solitarias.

Recordando que en esta mansion de muerte reposan los mortales restos del general Mac-krohon y del contraalmirante Salcedo, el capitán y yo penetramos en su recinto. Rezamos por sus almas; al salir, ambos permanecemos silenciosos y meditabundos durante muchos minutos: los dos pensábauos quizá en los singulares caprichos

(1) Feliz día.—Dios bendiga el vuestro.

del destino, en los inexerutables designios de la Providencia. Aquellos malogrados generales se embarcaron juntos para Manila: Makrohon pereció asfixiado en la travesía del mar Rojo, en cuyas aguas no fué sepultado, merced á Salcedo que á ello se opuso enérgicamente, y tres años despues el mismo Salcedo, cuando regresaba de las islas Filipinas, sucumbió á su vez en el Océano Índico; su cadáver fué inhumado en el propio cementerio al lado de su antiguo compañero de armas, en aquella misma tierra sobre la cual se había arrodillado para orar un día, bien ajeno de imaginar que tomaba de antemano posesion de su última morada.

Mientras nuestro vehículo rodaba hácia el puerto, contemplaba yo estupefacto la negra piel del cochero, enjuta, no obstante que nada le preservaba del sol, mientras nosotros, vestidos y á la sombra, estábamos anegados en sudor. Insensible á los rigores del calor, únicamente su caballera larga, porque sin duda él no era musulman, se habia, con el tiempo, vuelto pajiza, del color de la yesca; aquella melena calcinada, cayendo bronca y desordenada sobre el atezado cuello, parecia la erin salvaje de un leon.

Ya en el último barrio, cerca de las fortificaciones, vimos entreabierta la puerta de un café, y delante de ella, sentados en pequeños taburetes que invaden la vía pública brindando sombra y descanso al transeunte, negrillos servidores del establecimiento, que nos invitaban con insistencia á entrar. La sed y la curiosidad aliadas nos indujeron á aceptar; levantóse ante nosotros la cortina de estera de palmas que tapaba la entrada y penetramos en una gran sala cuadrada, amueblada con divanes de madera cubiertos de esterilla tan fresca y tan fina como la que servia de *portiers*.

No habia mesas como en los cafés europeos, ni tampoco *skanlets* (1) como en los cafés turcos; pero en breve tuvimos cada uno en nuestra mano una pequeña taza del aromático y espumoso licor de Moka, que nadie sabe preparar como los árabes: ellos hacen una infusion en agua hirviendo y nosotros una decoccion; ellos no lo filtran, y al beberlo saborean el finísimo polvo que impalpable flota sobre la espuma. Huevos de avestruz, sujetos por cordones de seda encarnada, pendian del techo á guisa de lámpara; el pavimento no era un mosaico de mármoles, jaspes y nácar como los de las casas

(1) Pequeños veladores de forma cilíndrica, fabricados con madera de cedro y piezas de nácar, marfil y oro en lujoso mosaico.

damasquinas, sino de arena color amaranto apisonada y sembrado de piedrecitas blancas y negras formando turaquesas y otros caprichosos dibujos. Las puertas y ventanas entornadas dejaban filtrar, á través de las cortinas de palma, una luz ténue que sumía la estancia en suave crepúsculo siempre grato á los espíritus contemplativos, mucho más en estos ardientes climas en que cada rayo solar es un dardo enrojecido.

Mientras gozábamos de un *kief* (1) tan improvisado como imprevisto, me pareció oír confuso rumor de voces hablando quedito y todas á las vez; también escuché, entre el dulce cuchicheo, algunas risas contenidas. No había duda: éramos espiados por una banda de curiosas y alegres mujeres.

No tardaron mis ojos en descubrirlas mirando con avidez desde una ventana entreabierta, á la cual todas en tropel se agolpaban, mostrando solamente sus ojos ardientes y blancas dentaduras sobre un fondo de ébano animado.

—Entrad, entrad, encantos del Paraíso, promesas del Profeta, entrad,—les dije, descorriendo la cortina.

Hubo un momento de vacilacion, miráronse unas á otras, la más audaz dió un paso y las demás entraron con ella en el salon.

Cinco eran, y cada una de ellas presentaba un tipo distinto: una hija del Desierto, alta y de crespa cabellera, delgada, alta de talle, sus piernas eran largas y nerviosas como las del avestruz: un anillo de oro atravesaba la perilla de su nariz, una mal cerrada túnica de lienzo azul como el collar de cuentas de vidrio que ceñía su garganta y un par de ajorcas de plata en los tobillos componian todo su atavío. Sus dientes eran blancos y agudos; su sonrisa, brillando entre dos labios gruesos y oscuros, irradiaba una luz intensa sobre su rostro negro, que parecia envuelto en una auréola de sensualidad. Todo su sér indicaba gran vivacidad, y así aceptó, sin más ceremonia que besarme la mano, la taza de café que le hice servir, no haciéndolo yo mismo, porque hubiera infringido la etiqueta árabe; las mujeres de Oriente no están acostumbradas á hacerse servir por los hombres, sino al contrario.

Una jóven de color dorado, pequeños ojos y labios purpúreos,

(1) Descanso, gusto. La frase italiana *dolce famiente*, interpreta mejor que ninguna española esa palabra turca.

que parecían destilar sangre á causa del *betel* (1) que mascaba, esbelto talle, túnica encarnada, pecho desnudo, piés breves y combados, pelo negro y reluciente, recogido en gigantesco moño sobre la parte superior de la cabeza; su postura en tercera, el suave balance que agitaba su cuerpo como si estuviera pronto á saltar y la lánguida complaciente sonrisa estereotipada en su boca, todo me reveló su condicion: era una bayadera indostánica.

Dos naturales de Aden, cuyo cántis es de aljófar, abundosa la negra cabellera de azulados reflejos, los ojos grandes, de mirar sombrío y profundo como la noche, afilada la nariz que destigura un enorme arete de plata y turquesas pendiente de una de sus alas. Completaban su tocador arracadas de filigrana blanca y profusion de collares de medallas, monedas y talismanes del mismo metal, que se agitan y suenan como un chinesco al menor movimiento; la blanca túnica, de algodón muy toscó, es corta, carece de mangas, y permite lucir unos brazos fuertes y bien moldeados, un seno firme y rico, y unas piernas plantadas con la valentía y la gracia de una estatua de bronce: tan exuberante vigor acusa la fecunda sávia de la raza árabe. Nacidas en la Arabia Feliz, el contento resplandecía en sus rostros y con sonrisa nada avara parecían invitar á compartir su dicha.

La quinta era de Abisinia, producto de esa raza delicada que tanto se parece á la europea en la pureza de sus líneas, la suavidad de sus contornos, la armonía de sus proporciones y la expresion inteligente de sus fisonomías. Ella con su aspecto demostraria, si demostrado ya no estuviera, que la belleza no reside en el color, sino en la armonía del conjunto. Yo he visto mujeres abisinias de semblante y formas tan bellas como las circasianas; sin embargo, son negras, pero no de un negro bruñido como el azabache, cuyo brillo tanto repugna en el hotentote; no, su impalpable cántis tiene el mate del ébano de Ceilan, y hace que resalte más el fuego de los ojos, sombreados por largas y arqueadas pestañas, la púrpura de los labios, la deslumbradora blancura de los menudos dientes y hasta el brillo de los sedosos rizos que ondulantes caen sobre la espalda y seno provocantes.

(1) Hoja de ese árbol que envuelve cierta dosis de nuez moscada hecha polvo y un poco de cal viva.

La abisinia, en cuestion, era sumamente jóven, casi una niña, y apenas osaba mirarnos. Como sus compañeras, iba descalza, pero bastante ménos vestida que ellas: un simple paño de lienzo blanco, sujeto á la cintura con un cordon azul, caía sobre sus torneadas piernas en forma de enaguas y una especie de *schal* de algodón rayado flotaba sobre su hombro izquierdo y daba alguna sombra á su palpitante seno.

Ella, como todas, traescudia á perfumes fuertes: esencia de rosa, mirra é incienso, aromas trastornadores que juntamente con sus gesticulaciones demasiado expresivas, sus gritos penetrantes y sus desenvueltas maneras, producian una impresion directamente contraria á la que tal vez querian producir.

La precoz depravacion de que á más de estos indicios indicaban ciertas frases francesas, inglesas y españolas, pronunciadas por ellas, y que solo se oyen en las tabernas de los barrios de Lavapiés, la *City* y la *Giotet*, me inspiró un sentimiento tal de repugnancia mezclada de lástima, sentimientos que reflejaban tambien los semblantes de mis dos compañeros, cuyos lábios contraria dolorosa sonrisa que, habiéndonos consultado con una mirada, nos levantamos, pagamos el gasto, y saltando ligeros en el birlocho, emprendimos al trote nuestra vuelta al puerto. Habíanme dicho que en la fonda del Príncipe de Gales se vendian curiosidades de la Arabia, de la India y de la China. Entré, pues; mas, examinado el escaso surtido de objetos que me presentaron, nada encontré de mi gusto. Verdad es que mientras los *parsis* me enseñaban sus deterioradas mercancías, yo pensaba en ellos más que en su comercio.

Su blanca túnica, su faja de vivos colores, su alto gorro de cartón forrado de hule que remeda á la mitra, y sus corvos y puntiagudos zapatos, fijaron mi atencion, no ménos que sus redondas caras morenas y su respetable rotundidad. Esta raza sin patria, y dispersa como la hebráica, es oriunda de Persia, donde por mucho tiempo dominó el culto de Zoroastro; mas cuando los califas triunfantes llevaron sus estandartes y las máximas de Mahoma desde Bagdad hasta el Indo, los *parsis* se negaron á adorar su fe en el sol y en el fuego: perseguidos como infieles, huyeron en direcciones varias, refugiándose la mayor parte en la Mingrolia y en la Mongolia. Un numero considerable se fijó en Bombay, y de esta ciudad anglo-indostánica procede esa pléyade de mercaderes que se encuen-

tra en todos los puntos de la Indo-china, hombres activos é inteligentes que pasan á la par por ser ricos y honrados.

Los principios de su religion prescriben que se alimenten bien (Zoroastro dijo que cuando la materia esté débil el espíritu tambien lo estará). Jamás apagan la lumbre, aunque su casa arda, ni hacen uso de armas de fuego; se casan con mujeres de su misma casta, sin mezclar su sangre con la de otra raza, y el matrimonio entre hermanos lo tienen por cosa lícita y con frecuencia se verifica; sus cadáveres no se entierran, sino que quedan expuestos al aire libre en la cumbre de una montaña, hasta que el sol consuma la cremacion, sistema que ahora quieren aplicar en Italia y Alemania, donde ya se han hecho algunos ensayos; no se creen dichosos en esta ni en la otra vida si en el mundo no han tenido una mujer y de ésta un hijo, á fin de que su paso por la tierra no haya sido estéril. Yo sospecho, Zoroastro me perdone, que este principio fué sugerido á los *persis* por los pontífices de su secta con la mira de evitar la extincion de la casta, cuyo fin lo seria tambien de sus temporalidades.

Al bajar del carruaje en el muelle, me creí trasportado como por encanto á España, porque se insurreccionó el cochero. Esta clase es idéntica en todo el orbe: pedia cuatro rúpias, no obstante que segun la tarifa pegada en el interior del vehículo, solo eran dos; dímosle tres por no oírle jurar y, como no callara, acudió un *police-men* cipayo, descalzo y mal traído, pero celoso en el cumplimiento de su deber é inflexible como la ley misma, hizo entrar en razon al codicioso auriga. Entónces me convencí de que me hallaba léjos de mi país natal,

Desde 1839, en cuyo año tomaron posesion los ingleses de este árido peñon que cierra el estrecho de Babel-Mandob (1), han gastado tesoros en fortificarlo y hacer que sea habitable hasta cierto punto, construyendo un pueblo nuevo con arreglo á los buenos principios de salubridad pública en vez del infecto monton de chozas que ántes habia. En el trascurso de los años pasados hasta la fecha, Aden ha ganado mucho en riqueza, en higiene y en seguridad individual, dentro de su muralla, se entiendo, que fuera está cualquiera expuesto á ser secuestrado, robado ó asesinado, ó las tres cosas juntas, por las tribus nómadas.

(1) Puerta de las lágrimas.

Dentro de estos límites la justicia impera y la ley es igual para todos los indígenas, conquistadores y extranjeros: las leyes y reglamentos se aplican con tanta vigilancia y rigor como en la metrópoli. De este modo se explica la resignacion y hasta el contento con que la poblacion árabe sufre una dominacion extranjera, siempre odiosa é intolerable cuando ella no compensa con grandes y positivas ventajas á los pueblos sometidos la pérdida de su autonomia, de su independencia, que es la suprema vanidad, el noble orgullo de las naciones. La Inglaterra, cuyo sistema colonial dista mucho de ser perfecto, conoce el secreto de fomentar su comercio y enriquecer su Erario, proporcionando al mismo tiempo á sus colonias un bienestar y una prosperidad que de otra manera no tendria; el secreto consiste en una buena administracion, inteligente, estable y bien retribuida, cuyos funcionarios están seguros de hacer fortuna con sus ahorros, sin envilecerse cometiendo cohechos que tambien saban son castigados severamente por inflexibles tribunales no avezados á torcer la vara de la justicia ante la vulgar consideracion de que el rico concusionario tiene una esposa y algunos hijos. No parece sino que se casó obedeciendo á un mandato superior, y, en todo caso, ¿qué es más natural? ¿que un padre mire por la honra y el porvenir de sus herederos legítimos, venciendo por amor á ellos las tentaciones de la codicia, ó que el Estado los ame más que el hombre que pasa por ser autor de sus dias y deja impunes delitos con mengua de su decoro y peligro de que las colonias se subleven para romper un yugo esquilgador?

Nuestras islas Filipinas tan pobladas, vastas y ricas, que bien administradas bastarian sus rendimientos para sufragar los gastos de una nacion, como la isla de Java, con ménos recursos naturales sufraga los de Holanda, tiene su agricultura tan atrasada como en los primitivos tiempos, carecen de una gran red de vías terrestres y telegráficas; Manila está alumbrada con candiles, son fangosas sus calles y los edificios caidos jamás se levantan cuando son propiedad del Estado; en fin, durante la estacion de las lluvias pasan meses y meses sin que las diversas provincias en el Archipiélago que está dividido se comuniquen, sin que sus naturales y las tropas destacadas reciban cartas ni víveres. ¿Por qué?

¡Ah! si España fuera un reino codicioso, un pueblo ávido, esplotador, que no tuviese más fin que esprimir el jugo de sus colo-

nias para abandonarlas despues como abandona el labrador una tierra esterilizada, yo, abominando este inícuo y egoísta sistema, lo comprenderia; sin embargo, al cabo era un sistema. Y, si repugnando el Estado la explotacion directa de las colonias, se dirigia al mismo fin por otros medios, dando, por ejemplo, á los españoles privilegios sobre los indígenas con objeto de que la agricultura, el comercio y la industria de sus vastas posesiones estuviera casi exclusivamente en manos peninsulares, seria tambien injusto y contrario á toda ley económica este sistema, pero al ménos práctico en sus inmediatos resultados.

De algunos años á esta parte, el epígrafe de aquel capítulo de nuestro presupuesto de ingresos, que decia: «Sobrantes de Ultramar» no es más que una curiosidad arqueológica del género paleográfico-financiero; España ni un céntimo recibe de las islas de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas. ¿Por qué?

Larga, compleja y asaz difusa habria de ser la respuesta á las dos preguntas que anteceden, y por esta razon me abstengo de darla, considerando además que la era de paz dichosamente inaugurada recientemente extenderá su benéfica influencia más allá de los mares, pues convencidos como estarlo deben nuestros hombres de Estado de cuán necesario es mantener en constante armonía los intereses coloniales y los de la metrópoli, á fin de que aquellas no necesiten ni quieran su emancipacion, dictarán las medidas conducentes á realizar en lo posible ese ideal de la política ultramarina.

¡Misteriosa asociacion de las ideas!—Porque todas las que he procurado condensar en los períodos anteriores asaltaban mi mente y á tales reflexiones me entregaba cuando la afilada proa de una ligera piragua hendia las aguas y yo dentro de ella las veia mezclarse fuera de la bahía con las del Océano índico; mientras trepaba por la escala del *Cambodge* y desde su castillo de popa contemplaba los saltos prodigiosos y largas inmersiones de algunos mozos árabes y multitud de chicos que, por coger tal cual moneda de cobre, se arrojan desde lo alto de las vergas al fondo del mar con la agilidad de consumados buzos.

Las damas que á bordo habia, contemplaban esos ejercicios de tritonés con atencion, pero inapasibles, como si nada nuevo vieran, á pesar de la absoluta desnudez de los nadadores. Creo firmemente,

haciendo el debido honor á la castidad que supongo y atribuyo á mis bellas compañeras de viaje, que si alguno de los pasajeros intentara imitarlos, todas en masa, como una sola mujer, se habrían retirado muy escandalizadas y protestando con púdica indignación de tamaña falta del respecto que tributar debemos al bello sexo; ya se ve, aquellos hombres no eran lo mismo que nosotros: más atezados, más flacos, más sencillos, más... y sobre todo, ellas pensaban quizá como la antigua dama romana y, parodiando su frase, dirían para sus adentros: «un salvaje no es un hombre.»—Si este pensamiento surgió realmente de aquellos cerebros femeniles y llegan á penetrarlo los nadadores, ¿qué hubieran hecho?—;extremece la idea! Hombres al fin y heridos en la más delicada fibra de su dignidad varonil, ¿quién sabe el diabólico medio á que acudirían para demostrar el error en que habían incurrido aquellas buenas señoras? Afortunadamente aquellos faunos negros permanecieron indiferentes ante la cándida curiosidad de que eran objeto, y rándos como tiburones se alejaron, nadando, del vapor cuando éste aparejó para zarpar.

II

La vida á bordo de un buque de gran porte, ofrece durante una larga travesía ciertos accidentes dignos de referencia. Por la mañana se lucen los trajes más ligeros y caprichosos que es dado imaginar; como, generalmente hablando, los hombres nos levantábamos á las cinco ó las seis, despues de tomar un baño subiamos todos sobre cubierta á tomar café ó chocolate y fumar un cigarro; las señoras no han salido aún de sus camarotes, y, por consiguiente, es lícito pasear vestidos á la china, ó sea con una *pacliamut*, que se compone de tres piezas: un pantalon ancho y cerrado sin botones, atado á la cintura por medio de una cinta pasada en jareta; una chaqueta flotante y sin cuello, que se abrocha con presillas y botones de torzal; estas prendas son de lana muy fina, de seda ó de algodón rayado ó blanco. Completan el atavío matinal un casquete de seda azul que apenas cubre el *obeiput*, y de cuyo centro se desprenden profusamente cintas estrechas de colores varios, bastante largas para caer sobre la espalda, y unas chinelas de Hong-Khong, tejidas con paja de arroz; este trage escusa la canisa: sin embargo,